

PIRATAS DE ROMA

SIMON SCARROW
y T. J. ANDREWS

PIRATAS DE ROMA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Pirata*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid

Primera edición: julio de 2020

© Simon Scarrow, 2019
© de la traducción: Ana Herrera, 2020
© de la presente edición: Edhasa, 2020
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6354-8

Impreso en Liberdúplex

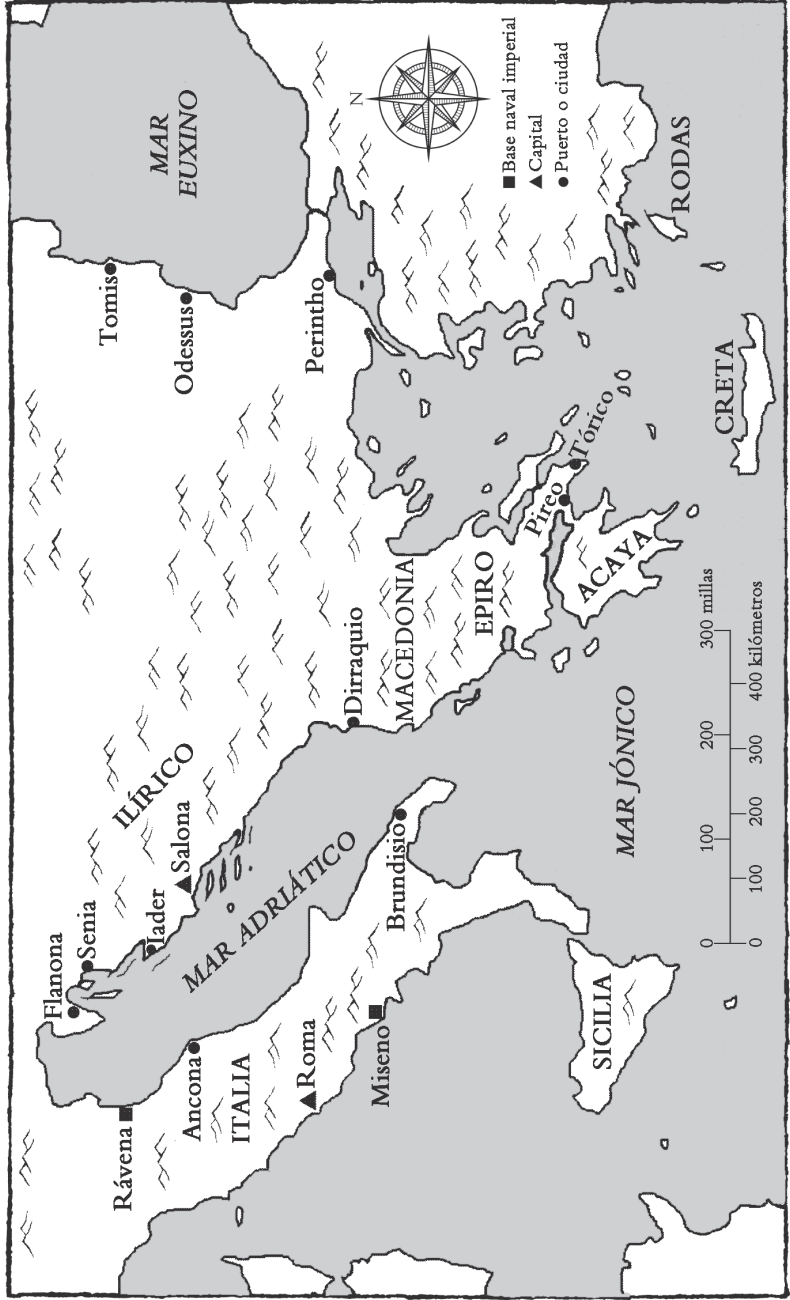
Depósito legal: B 8467-2020

Impreso en España

SUMARIO

Mapa	9
Dramatis Personae	11
PIRATAS DE ROMA	13
Glosario	475

MAR MEDITERRÁNEO ORIENTAL Y MAR EUXINO 25 d. de C.



DRAMATIS PERSONAE

Telémaco: joven huérfano griego.

Nereo: el hermano mayor de Telémaco, esclavo.

Néstor: temible jefe pirata.

Agrio: capitán del buque pirata *Pegaso*.

Cayo Munio Canis: prefecto de la flota de Rávena.

SELENE

Clemestes: capitán del barco.

Leito: segundo de a bordo.

Geras: marinero.

Syleo: marinero.

Dimeto: timonel del barco.

TRIDENTE DE POSEIDÓN

Bulla: capitán del barco.

Héctor: segundo de a bordo.

Cástor: oficial de derrota.

Esciro: experto en torturas.

Longaro: vigía del barco, uno de los miembros más jóvenes de la tripulación.

Virbio: marinero experto.

Basso: luchador tracio.

Próculo: carpintero del barco.

Lastenes: pirata sirio.

Calkas: timonel del barco.

PIRATAS DE ROMA

CAPÍTULO UNO

El Pireo, a principios del 25 d. C.

Una fuerte ráfaga de viento y lluvia azotó al capitán griego mientras se tambaleaba por la calle mal iluminada. Era una noche de mal tiempo de principios de la primavera, y las calles del puerto estaban desiertas. Clemestes corría por ellas, echando de vez en cuando una mirada por encima de su hombro hacia las tres robustas figuras que lo seguían a corta distancia. El curtido capitán del barco mercante *Selene* acababa de regresar de un viaje muy afortunado a Salamis, donde desembarcó un cargamento de garum y pescado salado. Aunque el viaje sólo le había proporcionado pequeños beneficios, apenas lo suficiente para cubrir los gastos de tripulación y buque, había significado mejor negocio que para muchos de sus compañeros. Eran tiempos difíciles para los mercantes de El Pireo, tras dos años de malas cosechas y numerosos ataques piratas que afectaban a la disminución del comercio que pasaba por el puerto. Unos cuantos habían tenido que abandonar el negocio, y otros muchos se veían obligados a tomar prestadas sumas sustanciales de los comerciantes para poder cubrir sus pérdidas. Clemestes había decidido celebrar el raro pero afortunado viaje con unos tragos de mulsum en una de las tabernas locales y, cuando la oscuridad ya se iba instalando en el puerto y la luz se desvanecía, marchó de El Marinero Feliz para volver al calor de su pequeño camarote a bordo del barco. Poco después, se dio cuenta de que unos hombres lo seguían.

La lluvia seguía cayendo sin parar, golpeando las tejas de madera de los edificios que lo rodeaban, mientras Clemestes

caminaba por las calles oscuras del distrito de los almacenes. A aquella hora tardía los almacenes normalmente estaban muy ajetreados, con equipos de estibadores que descargaban los artículos de los mercantes recién llegados, gran parte de ellos destinados a Atenas; pero en esa parte de la ciudad reinaba una quietud extraña. La amenaza de ataques por parte de bandas de piratas que capturaban a sus presas en las rutas principales de comercio había puesto nerviosos a los mercaderes locales y a los propietarios de buques, y la mayoría se mostraba reacia a arriesgarse a transportar sus bienes por todo el Imperio. Como resultado, El Pireo había sufrido muchísimo, y se hallaba sumido en un periodo de agitación económica de la cual no mostraba señales de recuperarse.

Clemestes miró por encima de su hombro de nuevo, sin dejar de avanzar en su camino. Los tres hombres mantenían el mismo paso que él, envueltos sus corpachones en túnicas de color pardo. Habían permanecido a una distancia segura detrás de él, siguiendo cada uno de sus movimientos y sin desaparecer nunca de la vista. Al principio descartó la idea de que lo siguieran precisamente a él. Pero luego vio sus caras durante unos segundos, a la luz de una puerta abierta, y los reconoció de la taberna. Habían estado sentados en una mesa con caballetes, en un rincón oscuro, bebiendo y observando con interés al resto de la clientela. Un interés exagerado, pensaba ahora Clemestes, angustiado. No tenía ninguna duda. Aquellos hombres eran asaltantes de caminos. Lo habían visto abandonar la taberna y se proponían robarle.

Tragó saliva con fuerza, miró al frente, apretándose bien el manto sobre la frente, y aceleró el paso, maldiciéndose por no haberse dado cuenta antes de que lo seguían unos atracadores. Si los hubiera visto nada más salir de la taberna, podría haber buscado refugio en cualquier otro de los abrevaderos baratos y tascuchas que medraban a lo largo del ágora principal. Por el contrario, estaba demasiado ocupado felicitándose por el éxito de su viaje y sólo percibió su sombra cuando salió de la avenida principal, al entrar en los oscuros callejones del

distrito de los almacenes. Ahora no tenía dónde esconderse ni tampoco podía resguardarse y esperar a que los asaltantes abandonaran su caza. Nadie lo salvaría en cuanto iniciaran su ataque.

Se echó a temblar bajo su manto y miró tras él una vez más. Los ladrones estaban ya a unos veinte pasos; se movían con rapidez, a pesar de su enorme tamaño. Clemestes caminaba con una cojera pronunciada que lo retrasaba, resultado de una antigua herida que sufrió durante sus años como oficial de un barco. Con una sensación de temor cada vez más profunda, se dio cuenta de que sus perseguidores lo alcanzarían enseguida.

Procurando sacudirse la neblina del alcohol de la mente, decidió que lo mejor que podía hacer era introducirse en el laberinto de almacenes e intentar perder a sus perseguidores antes de volver al *Selene*. Se había criado en El Pireo; de joven se había dedicado a hacer recados para los jefes de los almacenes, antes de unirse a la tripulación de un pequeño barco de pesca, y conocía mejor que la mayoría las calles de aquel barrio del puerto. Mejor que los hombres que lo seguían, o al menos eso esperaba. Con un poco de suerte, podría quitárselos de encima, y luego sería libre de emprender su camino hacia la seguridad de su barco y su tripulación.

Se metió a toda prisa por una calle lateral e hizo una serie de giros rápidos, dirigiéndose hacia un gran emporio comercial situado junto al muelle. El fétido olor de los desperdicios humanos flotaba en el aire mientras corría. El corazón le latía mucho más rápido ahora, y rogó a los dioses que lo protegieran. Pasó junto a un pequeño almacén abandonado, otro recordatorio doloroso de los malos tiempos que estaba sufriendo El Pireo a causa de la depredación de los piratas. Aunque siempre habían existido unas pocas tripulaciones que causaban terror en las rutas marítimas, cargándose de vez en cuando a algunos mercaderes incautos, la situación había empeorado mucho los últimos años, ya que los piratas, envalentonados por su éxito, asaltaban cada vez más frecuentemente y más atrevidos, tanto en el Mediterráneo oriental como más allá. La situación ahora era tan mala

que Clemestes ya había decidido retirarse del negocio en cuanto hubiese pagado sus deudas. En un año o dos planeaba vender el *Selene* y establecerse en una de las islas del Egeo. Se casaría con una chica del lugar, compraría un terreno, lo cultivaría y pasaría las noches bebiendo en alguna posada local, intercambiando historias de marineros con otros viejos lobos de mar. Si es que conseguía vivir hasta entonces.

Se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de que dos de sus perseguidores todavía iban tras él. Y se acercaban. Se volvió y siguió avanzando, pese a la cojera. En la distancia oía carcajadas, y supo que se acercaba al muelle. Una vez llegara allí, aquellos hombres se verían obligados a abandonar la persecución. Aunque el comercio de El Pireo no estaba en su mejor momento, el muelle estaría atestado; el puerto aún bullía de mercaderes, marineros y tabernas, incluso a aquella hora tan tardía. Seguramente los atracadores no se atreverían a atacarlo en una zona tan concurrida de la ciudad.

Se metió en un callejón que tenía a la derecha, un espacio estrecho situado entre dos edificios medio caídos, y por dos veces casi resbaló al intentar evitar la orina y la mierda que fluían por el pavimento de aquella parte de la ciudad. En la oscuridad sólo veía unos pasos por delante de él, y tenía que cuidar mucho dónde pisaba, abriéndose camino entre los montones de basura apestosa tirada a ambos lados del callejón. A una corta distancia por delante, una lámpara de aceite colgaba de un soporte de hierro para iluminar la entrada de uno de los almacenes adyacentes al emporio, y notó que su corazón se ensanchaba, pues casi había alcanzado su objetivo. Al siguiente paso, notó que su pie rozaba algo duro y huesudo. Trastabilló hacia delante, y sólo recuperó el equilibrio en el último instante.

–¡Eeeh!

–¡Vigila! –le susurró una voz.

Clemestes se detuvo y echó un vistazo hacia atrás. Entre las sombras sólo pudo distinguir a un joven escuálido, con una manta raída alrededor de su cuerpo flaco. Debido a la oscuridad del callejón no se había fijado en la figura del mendigo y

había tropezado con sus piernas extendidas. El joven lo miró y frunció el ceño.

El sonido de unos pasos urgentes corriendo hacia él atrajo la atención del capitán, apartándola del desdichado chico, y se tambaleó de nuevo. Estaba a menos de diez pasos de la esquina, y por un instante pensó que podía escapar de sus perseguidores. Luego atisbó una sombra enorme que aparecía ante su vista, en el extremo del callejón. Avanzaba entre las sombras, y Clemestes se detuvo en seco, pues había reconocido al hombre de la cabeza afeitada y la cara llena de cicatrices. Se dio cuenta horrorizado de que era el tercer atracador. Seguramente había echado a correr por delante de sus camaradas, por una de las calles paralelas al callejón, cortando la única ruta de escape hacia el muelle, mientras los otros dos mantenían la distancia detrás de su objetivo. Clemestes se vino abajo. El plan de los ladrones había funcionado a la perfección. Estaba atrapado.

Giró sobre sí mismo, justo cuando los otros dos asaltantes aparecían en la entrada del callejón. Se movían rápidamente hacia él. Miró frenéticamente a todos lados, buscando una salida, pero no la había. Un escalofrío de terror le recorrió la columna vertebral. Los tres atracadores seguían acercándose. Abrió la boca, queriendo gritar para pedir ayuda, pero uno de ellos saltó hacia él de repente y le hundió un puño en el estómago. El capitán jadeó, intentando llenar de aire los pulmones, y se dobló en dos, agarrándose los costados. El hombre le dio una patada con la bota y lo envió estrepitosamente al suelo. Un dolor terrible se abrió paso dentro de su cráneo cuando los otros dos hombres se abalanzaron sobre él y desencadenaron una lluvia de puñetazos y patadas por todo su cuerpo. Clemestes levantó los brazos, en un inútil intento de protegerse la cabeza, pero los golpes continuaron lloviendo sobre él. Una bota dio en su flanco expuesto. Algo crujió, y notó que en su pecho estallaba un dolor agudo.

—¡Coge la bolsa!

Los golpes cesaron cuando los dos ladrones comenzaron a retroceder. Clemestes gimió, llevándose una mano al pecho,

que le ardía. Notaba el sabor de la sangre en la boca. Uno de los hombres, con la nariz rota y varios huecos entre los dientes, se puso de rodillas a su lado. Rebuscó debajo de su manto y cogió la bolsa del dinero que llevaba atada al cinturón; la soltó y se la arrojó a su compañero, un hombre achaparrado y barbudo con los ojos pequeños y oscuros. Éste miró dentro de la bolsa y frunció el ceño. Luego fijó su mirada en Clemestes, estrechando los ojos hasta que no fueron más que unas rendijas.

—Y el resto, ¿dónde está? —preguntó.

Clemestes hizo una mueca.

—No sé de qué me estás hablando.

—¡Una mierda! No nací ayer, viejo. Hemos oído que has conseguido vender el cargamento. Un compañero nuestro tenía los ojos puestos en todos los artículos que llegaban. Calcula que has sacado un buen precio por los tuyos. Más que las miserables monedas que llevas aquí. —El ladrón barbudo dio unos golpecitos en la bolsa medio vacía, y luego hizo un gesto al camarada al que le faltaban dientes—. Y ahora, dime dónde tienes el resto del dinero, o si no Cadmo, aquí, te cortará las pelotas.

Una mueca amenazadora se abrió paso en los labios llenos de cicatrices de Cadmo, que sacó una daga. Clemestes volvió a mirar al barbudo y meneó la cabeza rápidamente.

—¡Por favor! ¡Es todo lo que tengo!

—Este hijo de puta está mintiendo —gruñó Cadmo—. Lo sé.

—Es verdad, lo juro —protestó Clemestes.

El ladrón lo miró un momento, y luego se volvió hacia su compañero, que tenía ya el cuchillo en la mano.

—Sácale un ojo, Cadmo. Así se le soltará la lengua.

Cadmo se movió hacia el capitán. La punta de su daga brillaba bajo la escasa luz. Clemestes yacía indefenso sobre el pavimento ojado por la lluvia, presa del pánico al darse cuenta de que iba a morir en aquel asqueroso callejón y no a manos de algún terrible monstruo marino o de una tormenta violenta, como había temido siempre. Sus músculos se tensaron y, aterrorizado, mientras la hoja se acercaba a su rostro, ofreció una silenciosa plegaria a los dioses.

Entretanto captó un destello de movimiento detrás del asaltante. Una figura rápida y ligera se abalanzó hacia ellos desde una de las puertas que había más allá, en el callejón; cargó sobre el barbudo, que cayó de espaldas por el golpe, con el hombro por delante. El hombre dejó escapar un fuerte gruñido cuando se golpeó con la pila de basura y madera podrida que estaba en el lateral del callejón.

Al oír el grito de dolor de su camarada, Cadmo apartó la vista del capitán y miró hacia la figura que venía corriendo. Clemestes captó una imagen de la cara del atacante y reconoció al joven vagabundo con el que había tropezado. Miró con asombro cómo saltaba por encima del ladrón caído y avanzaba hacia Cadmo.

–¡Hijo de puta! –susurró Cadmo.

Empuñó la daga hacia el joven, apuntando a su garganta, pero éste era más rápido que el ladrón, muy pesado, y diestramente esquivó el golpe. Cadmo gruñó, lleno de frustración, al tiempo que apuñalaba el aire. Rugió y se arrojó hacia delante, acuchillándolo salvajemente y obligando al joven a saltar para ponerse fuera de su alcance, y luego se abalanzó hacia él, con la idea de clavarle la hoja en el estómago. Sin embargo, con un movimiento suave y fluido, el joven esquivó el golpe con el antebrazo e, inmediatamente, saltó sobre su adversario y le dio un puñetazo en la cabeza. Se oyó el crujido sordo del hueso contra el hueso y la cabeza de Cadmo saltó hacia atrás. La daga se soltó de su presa y rebotó en el suelo.

–¡Vigila! –le gritó Clemestes.

El joven se dio la vuelta justo cuando el otro ladrón, sacudiendo la cabeza para aclararla, se ponía de pie y se lanzaba hacia él. El vagabundo se arrojó entonces hacia delante, cogió la daga caída y se dio la vuelta con agilidad para enfrentarse al ladrón. Cuando el hombre le dio un puñetazo de cualquier manera, el joven primero se agachó, apartándose y esquivando el golpe limpiamente. Luego saltó, poniéndose de puntillas, y lanzó una estocada, metiendo la punta afilada de la daga en el estómago de su oponente. Éste gimió al notar que la hoja se hundía. Su boca

se relajó, se tambaleó allí donde estaba, mientras sus ojos bajaban hacia el mango, que sobresalía de sus tripas. Una mancha brillante se fue extendiendo desde la herida, empapando su túnica.

El joven arrancó la hoja y la soltó, y el ladrón cayó, retorciéndose. El chico se volvió y se enfrentó entonces a Cadmo, que había conseguido levantarse del suelo. Por aquel entonces, el tercer hombre también corría hacia ellos, hasta ponerse al lado de su camarada, y los dos contemplaron con cautela a su joven oponente.

—¡Vamos! —chilló el joven—. ¿Cuál de vosotros dos, hijos de puta, quiere ser el siguiente?

Ambos dudaron. Sus ojos se movían a un lado y otro, entre su compañero herido y el joven asesino que estaba de pie encima de él, con la daga ensangrentada en la mano. Una mirada enloquecida brillaba en sus ojos, y sus músculos esbeltos estaban tensos, como un animal salvaje a punto de atacar. Durante un momento nadie se atrevió a moverse. Al poco, unas voces rompieron el silencio; se aproximaban desde la dirección del muelle principal. Cadmo miró al joven con el ceño fruncido, pero enseguida hizo señas a su compañero y los dos asaltantes se volvieron y echaron a correr por el callejón, de vuelta al distrito de los almacenes, lejos del ruido. El alivio invadió a Clemestes al verlos desaparecer de la vista.

El joven se metió la daga en el cinturón y corrió hacia él.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Clemestes forzó una sonrisa.

—Sí, me pondré bien. Sólo estoy un poco aturdido. Creía que esos hijos de puta me iban a matar.

—Sí, son unos malos bichos, éstos. Pero no te causarán más problemas. —El joven inclinó la cabeza hacia el ladrón moribundo—. Al menos, no uno de ellos.

—No. —Clemestes frunció el ceño ante el cadáver—. Supongo que no.

Intentó ponerse en pie, pero el esfuerzo fue demasiado grande y se derrumbó de nuevo, conmocionado y temblando de dolor.

–Ven. Déjame que te ayude. –El joven le ofreció la mano. Clemestes la tomó y se levantó, inestable, haciendo una mueca. Le dolían todas las fibras de su cuerpo, y se esforzaba por respirar.

–Gracias –inclinó la cabeza hacia la figura que estaba ante él, que parecía la de un muerto de hambre–. ¿Cómo te llamas?

–Telémaco. ¿Y tú?

–Clemestes, capitán del *Selene* –inclinó la cabeza–. Estoy en deuda contigo, joven Telémaco. Me has salvado la vida.

Telémaco se encogió de hombros.

–Sólo estaba aquí cerca, eso es todo. Cualquiera habría hecho lo mismo.

–Sinceramente, lo dudo...

El capitán se quedó silencioso un momento, sin quitar la mirada del joven. Iba vestido con harapos y no parecía tener más de quince o dieciséis años. Sus mejillas y barbilla estaban cubiertas de cicatrices blancas y anudadas. «Otro de los desesperados niños abandonados de El Pireo», pensó. La progenie de algún marinero foráneo que había disfrutado de un polvo rápido con alguna de las mujeres locales, arrojado a las calles al nacer y abandonado para que se valiera por sí solo. El puerto estaba repleto de ellos. Y, sin embargo, había algo en Telémaco que lo intrigaba. Aquel pobre y miserable vagabundo había vencido a tres criminales curtidos, y Clemestes veía en él una fiera resistencia.

–¿A dónde te dirigías? –le preguntó Telémaco–. Te echaré una mano.

–A mi barco –graznó el capitán. Agitó una mano en dirección al puerto e hizo una mueca–. Mierda... Me han dado una buena paliza.

Telémaco asintió.

–Será mejor que nos vayamos, no sea que vuelvan.

Deslizó una mano por la espalda de Clemestes, y los dos juntos recorrieron el trecho faltante hasta el puerto. A su espalda, el ladrón moribundo dejaba escapar un hondo gemido.

CAPÍTULO DOS

La lluvia comenzó a difuminarse hasta convertirse en llovizna, y luego acabó por morir; la débil luz de la luna se abrió paso por un hueco entre las oscuras nubes, mientras Telémaco ayudaba al capitán a acercarse al puerto. El joven griego podía distinguir los mástiles y jarcias de las docenas de barcos que se encontraban fondeados en él. La imagen al instante le fue familiar, porque formaba parte de la vida del puerto, igual que el ruido de los marineros borrachos que cantaban e intercambiaban bromas soeces cuando volvían a sus barcos a pasar la noche. Sólo unos pocos valientes se atrevían a desafiar las calles heladas y barridas por el viento que bajaban desde el muelle, luchando unos con otros o jugando a los dados. A un lado del embarcadero, una pareja de guardias patrullaba junto al más grande de los enormes almacenes de madera. El puerto en sí daba al exterior, a un par de malecones de piedra. Más allá, las olas oscuras se estrellaban contra el espigón, estallando en enormes surtidores blancos que resplandecían bajo la pálida luz nocturna.

Clemestes se detuvo frente a un gran barco de carga que estaba fondeado en el extremo más alejado del muelle.

—Aquí está —anunció, presuntuoso—. El *Selene*. No es el barco más rápido del mundo, en absoluto. Pero es bastante resistente.

Telémaco levantó la vista hacia el barco mercante. A la débil luz de la luna, pudo ver que tenía una amplia manga y una proa roma, con una roda curvada y alta donde un relieve representaba a la diosa griega Selene conduciendo su carro de luna. Un gran timón de espadilla colgaba de la popa, y una estrecha pasarela conducía desde la cubierta de proa hasta el muelle. Sin

carga, flotaba muy alto en el agua. Era más grande que la mayoría de navíos que estaban anclados en el puerto, y pensó que el aspecto era realmente imponente.

Clemestes hizo una seña a su rescatador y sonrió, como disculpándose.

–Me temo que no puedo ofrecerte gran cosa como recompensa... Pero quizá no te importe subir a bordo y comer y beber algo. Es lo mínimo que puedo hacer.

Telémaco frunció los labios; sopesaba cuál sería la propuesta del capitán. Llevaba el tiempo suficiente viviendo en las calles para tratar las ofertas amables de los desconocidos con la máxima precaución. Pero habían pasado dos días desde la última vez que había comido, y su estómago gruñía dolorosamente por el hambre. Además, razonó, el capitán parecía bastante amistoso. Asintió.

–Gracias.

–Bien. –Clemestes consiguió esbozar una sonrisa dolorida-. Por aquí.

Telémaco ayudó al capitán a subir por la pasarela de embarque que conducía a la cubierta de proa. Un puñado de hombres yacían dormidos allí, envueltos en fardos o echados debajo de unos refugios a modo de tiendas, para protegerse del mal tiempo. Clemestes se detuvo junto al que tenía más cerca y lo sacudió un poco. El hombre, que roncaba pesadamente, se dio la vuelta. El capitán lo sacudió con más fuerza, y esta vez el marinero se removió, murmurando, sin aliento, pero se puso de pie al momento y una mirada de preocupación apareció en sus ojos turbios al notar los hematomas que cubrían la cara de Clemestes.

–¡Buen Zeus! –chapurrió. Telémaco captó el aroma de vino barato en su aliento-. ¿Qué te ha ocurrido, por el Hades?

–Estoy bien, Syleo –respondió Clemestes-. De verdad. He tenido un pequeño contratiempo, nada más. Habría sido mucho peor de no ser por este tipo –añadió, señalando con la cabeza a Telémaco.

Syleo arqueó una ceja al joven.

–¿Ah, sí?

–Despierta a mi grumete, venga –dijo el capitán–. Bajo a mi camarote.

–Sí, capitán.

Telémaco vio cómo Syleo se volvía y se abría camino por cubierta hacia unas siluetas que se refugiaban bajo una de las tiendas levantadas en la proa del barco. Gritó a una de las figuras y la despertó a patadas. Un grumete unos años más joven que Telémaco se puso de pie enseguida y echó a correr hacia la escotilla de popa para inmediatamente bajar las escaleras que conducían al camarote del capitán. Telémaco y Clemestes lo siguieron a corta distancia por detrás, moviéndose lentamente a lo largo de las cuadernas blanqueadas por el sol. En cuanto llegaron a la abertura de la escotilla, Clemestes bajó primero, y el joven lo siguió hasta un pequeño camarote construido en un rincón en la popa del barco. El espacio era muy apretado, y Telémaco tuvo que agacharse para pasar por debajo del dintel antes de entrar en el camarote del capitán. El grumete acababa de encender una lámpara de aceite en el pequeño escritorio construido en torno al codaste, que iluminaba débilmente el interior del camarote.

–Ve a buscar algo de comida y bebida del almacén del barco, Nesso –le ordenó Clemestes.

–Sí, señor.

El chico se marchó, raudó. Telémaco guiñó los ojos en la oscuridad, mirando a su alrededor. Había un estrecho coy a un lado del escritorio, con una caja fuerte de aspecto muy recio en el suelo, a su lado. Un olor muy intenso de sogas gastadas y de alquitrán flotaba en el aire. Clemestes se echó en el camastro y señaló el taburete que estaba frente al escritorio.

–Por favor, siéntate.

Telémaco se sentó en el taburete e intentó ocultar su incomodidad ante el lento balanceo del barco amarrado.

–¿Es la primera vez que subes a un barco? –preguntó Clemestes.

Telémaco asintió, mareado.

–He visto muchos, eso sí. Llevo toda la vida viviendo en el puerto, más o menos. Pero nunca antes había puesto los pies en uno.

–Supongo que vives en las calles, ¿no?

–Sí. –Telémaco bajó la cabeza, avergonzado–. Casi toda mi vida.

–¿Y tu familia?

–Mis padres murieron –respondió el joven, secamente.

–Pero ¿no tenías ningún otro familiar que pudiera hacerse cargo de ti? ¿Una tía, un tío quizá? ¿O un hermano? Debe de haber alguien...

Telémaco se encogió de hombros, desechando la pregunta, y apartó la vista. Unos momentos después el grumete apareció con una bandeja con queso y algunos trocitos de buey seco y pan. Lo dejó en el escritorio, y volvió al poco con un par de tazas de cerámica samia y una jarra llena de un vino de olor fuerte. Telémaco se humedeció los labios al mirar con gula la comida que tenía delante. En cuanto Nesso se hubo marchado de nuevo, Clemestes sirvió vino aguada en las dos tazas y le pasó una a su joven invitado. Telémaco empezó enseguida a engullir, haciendo pausas solamente para beber de su taza, sediento. El vino le corría por la mejilla al dejar la taza, cuando cortó un trozo de carne seca. Clemestes sonrió, compasivo.

–Debe de ser triste –dijo–. Vivir en las calles, quiero decir.

–Te acostumbras –replicó Telémaco entre bocado y bocado–. La mayor parte del tiempo buscaba en la basura, alrededor de los almacenes. Los comerciantes siempre tiran cosas. Casi todo está podrido, pero te acostumbras al sabor. –Se metió un trozo de queso en la boca y eructó–. El invierno es lo peor. No hay nada, sólo frío y humedad.

–¿Y tus padres? ¿Qué les pasó?

–Eso es cosa mía –respondió Telémaco, enfurruñado. Dejó la tira de buey que tenía en la mano y levantó la vista hacia el capitán–. Y, de todos modos, ¿a ti qué te importa? No es asunto tuyo.

–No. No lo es. Pero tú me salvaste de esos matones. Eso requiere valor, una cualidad muy rara hoy en día. Me gustaría saber algo más del valiente joven que me rescató.

Telémaco negó con la cabeza.

–No soy ningún héroe.

–Sin embargo, la mayoría de la gente no habría levantado ni un dedo para ayudar a alguien en peligro. En realidad, se me ocurren unos cuantos que se habrían dado la vuelta y se habrían alejado en dirección contraria. Tengo curiosidad por saber qué hace un tipo como tú en la calle.

Telémaco se quedó callado un momento, la mirada fija en la comida sólo consumida a medias.

–No conocí a mi madre –empezó en voz baja–. Murió al darme a luz.

–Lo siento.

–¿Que lo sientes? No fue culpa tuya. Tú no la mataste.

–No. Pero aun así... Es duro criarse sin madre.

Telémaco se encogió de hombros.

–Después de morir ella, nuestro padre nos crió solo a los dos, a mí y a mi hermano mayor, Nereo. Vivíamos en una casa pequeña, junto a los muelles, en Munichia. No era mucho, pero nos arreglábamos. Nuestro padre trabajaba en los barcos. Era capitán, como tú.

–¿Aquí? ¿En El Pireo?

El joven asintió.

–Tenía un barco mercante. Pequeño. No tan grande como éste. Intentó hacerlo lo mejor que supo, pero en nuestra casa siempre fuimos apurados. No se le daba muy bien el dinero, lo gastaba en cuanto lo conseguía. Sobre todo, jugando y bebiendo. Volvía a casa de algún viaje por mar, nos echaba un vistazo y luego salía directamente a emborracharse en alguna taberna cercana. A veces desaparecía durante semanas. Yo apenas lo veía. En realidad, Nereo era el único que me cuidaba. Sacaba unas cuantas monedas de la bolsa de nuestro padre cuando éste se desmayaba, para asegurarse de que teníamos dinero suficiente para comida y ropa mientras él no

estuviese. Mi hermano mayor me crio mucho mejor que mi propio padre.

Se quedó callado un momento y cogió algo de comida. Clemestes lo miraba en silencio. Al cabo de unos momentos, Telémaco dejó un trozo de pan, levantó la vista hacia el capitán y continuó hablando:

–Un día, fuimos al muelle para ver llegar el barco de nuestro padre, como hacíamos siempre los días que tenía que volver. Esperamos y esperamos, pero el barco no llegó. Al final se hizo de noche, y empezamos a preocuparnos. Luego llegó otro barco, y uno de los amigos de nuestro padre nos vio esperando en el muelle y se acercó a nosotros. En cuanto vi la expresión de su cara, supe que había pasado algo. Nos dijo que el barco de nuestro padre había quedado atrapado en una tormenta junto a la costa de Elos. Los vientos lo empujaron hacia unas rocas, junto al cabo, y se destrozó. Cuando llegó otro barco a rescatarlo sólo quedaban unos pocos supervivientes, agarrados a unos trozos de madera y muertos de frío y hambre. –Telémaco dudó–. Mi padre no estaba entre ellos. Se había perdido en el mar.

–¿Qué edad tenías tú entonces?

–Seis años. –Telémaco contó interiormente–. O sea que fue hace diez años –sonrió tristemente al capitán–. Apenas recuerdo cómo era mi padre ahora mismo.

–¿Qué os ocurrió entonces a tu hermano y a ti?

–Mi padre dejó un montón de deudas. Después de morir averiguamos que había pedido prestado dinero para su vicio de jugar. Resultó que debía una suma importante a uno de los prestamistas del puerto. El hombre quería que se le devolviera su dinero, pero no teníamos medios para pagarle. Entonces, un día llegó con un par de matones para apoderarse de las pocas propiedades que teníamos y vendernos a mí y a Nereo como esclavos. Prendieron a mi hermano, y me habrían cogido a mí también, pero Nereo luchó con ellos el tiempo suficiente para permitirme escapar a las calles. Conseguí despistarlos, pero no tenía ningún sitio donde ir. Mi vida ha sido difícil desde entonces.

–Sí, ha tenido que ser terrible. Tener que abandonar a tu hermano de esa manera...

–No tuve elección. De no ser por Nereo, que pensó rápido, los dos habríamos acabado cargados de cadenas.

–¿Y dónde está él ahora? –preguntó Clemestes.

–En una forja en Tórico –respondió Telémaco, con la voz llena de rabia–. Se lo oí contar a un amigo que trabaja en uno de los talleres. Compran todas las herramientas a ese herrero romano que tiene la base allí, Décimo Rufio Burro. El caso es que mi amigo hizo una visita a la forja y vio allí a Nereo. Burro lo obligaba a hacer todos los trabajos peligrosos: trabajar con los fuelles, limpiar el horno... Ese hijo de puta romano trata a sus esclavos como si fueran basura, los deja completamente agotados. Uno de sus esclavos murió en un accidente el mes pasado. Si obligan a mi hermano a trabajar allí mucho tiempo, temo que le ocurra lo mismo.

Telémaco cerró los ojos un momento, luchando por contener su ira. Cuando los abrió, se dio cuenta de que el capitán lo miraba mientras parecía reflexionar en silencio. Al final, Clemestes se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante.

–¿Y si hubiera una forma de comprar la libertad de tu hermano?

Telémaco bufó ante la idea y meneó la cabeza.

–Nunca podría ahorrar tanto dinero. Lo máximo que gano son unos pocos ases aquí y allá, ayudando a los pasajeros a bajar su equipaje de los barcos. Pero es poca cosa. Me costaría diez vidas ahorrar lo suficiente para liberarlo.

–Quizá –musitó Clemestes, acariciándose la barbilla–. O quizá no.

Telémaco frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Un tipo como tú me iría muy bien en mi tripulación. Alguien que tiene ingenio y a quien no le asusta el trabajo honrado.

Telémaco se quedó mirando al capitán en silencio, asombrado.

–¿Me estás ofreciendo trabajo?

Clemestes se encogió de hombros.

–Tú necesitas dinero, y yo necesito a alguien que ayude en el barco.

Una mirada de duda pasó por el rostro de Telémaco.

–Pero yo no sé nada del mar.

El capitán desdeñó su preocupación con un gesto de la mano.

–Eres joven. Aprenderás rápido. Haré que uno de los oficiales te enseñe el oficio. Además, no lo puedes hacer peor que la tripulación que ya tengo.

–¿Y qué tipo de trabajo haría?

–Pues serías grumete. Empezarías con media paga, al menos hasta que probaras tu valía. Tus deberes incluirían aprender navegación y sobre los cabos, hacer guardia y fregar. –El capitán se inclinó hacia delante y lo miró de frente–. No te voy a mentir. Trabajar en un barco no es fácil. Puede ser desagradable y peligroso. Pero confía en mí: no hay nada que se pueda comparar a la vida en el mar. Tendrás la oportunidad de ver mundo, y de hacer algo con tu vida. –Se echó atrás y se encogió de hombros de nuevo–. Será mejor eso que vivir en la calle, ¿no?

Telémaco entrecerró los ojos.

–No lo entiendo... ¿Por qué quieres ayudarme?

–Tú me has salvado la vida. Te lo debo. Y no has tenido una vida fácil, por lo que parece. Me gustaría ayudarte.

–No necesito tu caridad. Ni tu piedad.

–No te estoy ofreciendo ninguna de las dos cosas, en absoluto. Lo que pasa es que creo que tienes las cualidades necesarias para convertirte en un excelente marinero. Eres duro e intrépido. Un poco exaltado quizá, pero eso es de esperar, dado lo que acabas de contarme. ¿Y quién sabe? Si ahorras, al final quizá tengas el dinero suficiente para liberar a tu hermano de esa forja maldita por los dioses.

Telémaco miró la comida que tenía delante, sumido en sus pensamientos.

–¿Y cuándo empezaría?

–De inmediato. Te presentarás ante el segundo de a bordo mañana por la mañana. Zarparemos en cuanto hayamos guardado nuestra próxima carga y el tiempo haya despejado. –El capitán hizo una pausa y miró la ropa destrozada de Telémaco–. Necesitarás algo de ropa nueva y el baúl también, supongo. Saldrá de la paga de tu primer viaje. No puedes trabajar en mi barco con harapos, ¿verdad? –Dio unas palmadas de repente–. Bueno, ¿qué dices?

Telémaco hizo una pausa. Una hora antes estaba temblando por el frío y la lluvia, soñando con escapar algún día de sus patéticas circunstancias. Ahora se hallaba sentado en el caldeado camarote de un capitán, con el vientre lleno y una oferta de trabajo con una paga decente. Apenas podía creer su repentino cambio de fortuna. Y, sin embargo, dudaba si aceptar la generosa oferta. La vida en las calles de El Pireo era miserable, pero, por las historias que había oído en el puerto, trabajar en un barco podía tratarse de un asunto peligroso. Muchos barcos se perdían en el mar, especialmente en invierno. ¿Estaba él preparado para unirse a la tripulación y arriesgarse a sufrir el mismo destino que su padre? Entonces pensó en Nereo, a quien estaban matando a trabajar en la forja, y tomó una decisión. Levantó la vista hacia el capitán.

–Está bien. Acepto.

–Bien –Clemestes se puso de pie y sonrió cálidamente. Cogió la mano del nuevo miembro de su tripulación y la estrechó con fuerza–. Bienvenido a tu nueva vida en el *Selene*, Telémaco –dijo, con un brillo en los ojos–. No lo lamentarás.